



LA EDUCACIÓN HONDUREÑA EN CRISIS LECCIONES DE LA PANDEMIA EN LA FORMACIÓN DE EDUCADORES

FE Y ALEGRÍA HONDURAS

Edwin Manueles¹

Octubre 2022

Honduras, país centroamericano de aproximadamente 9 millones de habitantes, atraviesa quizá uno de los peores momentos de su historia, con una situación de crisis multidimensional y multifactorial, que se resume en los altos niveles de empobrecimiento de la población, pero también en la débil institucionalidad estatal para hacer frente a las principales necesidades de los diferentes sectores poblacionales. El empobrecimiento ha sido extremo, con altos niveles de desempleo, poco acceso a salud, educación y vivienda, lo que hace que nuestra población transite en escenarios de poco o nulo acceso a vivir en condiciones dignas.

Antes de la pandemia, nuestro país transitaba caminos tortuosos de inestabilidad política, acrecentados a partir del golpe de Estado del año 2009, a través de gobiernos con poca validez y sostenidos a punta de represión a la ciudadanía activa que demandó durante ese período la vuelta a un orden institucional. Hasta el 2019, la agenda estatal se enfocó en temas de seguridad, priorizando la mejora de toda la infraestructura para los órganos “garantes” de esta (policías y militares), dotando de los recursos necesarios para tal efecto en cuanto a personal, vehículos y armas.

Y es que los niveles de violencia en el país se incrementaron enormemente durante esta década. El observatorio de la violencia hablaba de una media diaria de 42.01 por cada 100,000 habitantes; un número alto de asesinatos diarios, de los cuales la gran mayoría eran hombres jóvenes entre las edades de 19 y 30 años.

¹ Coordinador de Educación Popular y Promoción Social de Fe y Alegría Honduras. Artículo publicado en el Boletín Octubre-Noviembre 2022, del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana (CVPI), de la Conferencia de Provinciales en América Latina y El Caribe (CPAL) de la Compañía de Jesús.

Para entonces, y con estos datos, en Fe y Alegría nos preguntábamos como educar en contexto de violencia, lo que nos llevó a generar espacios de diálogo entre docentes, familias, directivos y autoridades educativas. Lo que se empezaba a dilucidar en cada espacio, es que el docente veía dificultada su labor en el aula al no tener herramientas psicopedagógicas para abordar la casuística que se presentaba en el aula, con un niño/niña/joven que, siendo víctima de escenarios violentos, manifestaba acciones fuertes de indisciplina, agresividad, consumo de drogas, entre otras cosas, con lo cual, el objetivo de promover aprendizaje desde la labor docente se complejizaba.

Por otro lado, el enfoque prioritario en temas de seguridad durante una década por parte del Estado, propició al mismo tiempo el abandono de otros temas de interés para el bienestar de la población y para propiciar las condiciones hacia un verdadero escenario de desarrollo integral. Es así que, un tema como la educación, durante 10 años dejó de ser prioritario, y por lo tanto contó apenas con los recursos para sostener la planilla salarial del personal docente contratado por el Estado, dejando de lado la dotación de recursos para, desde una mirada estratégica previamente planificada, fortalecer procesos con miras a lograr calidad educativa.

De hecho, antes de la pandemia, en lo que a educación se refiere, nuestro país ya experimentaba una crisis dolorosa que presentaba un derecho humano prácticamente negado a muchos niños, niñas y adolescentes. Las principales dificultades de la escuela hondureña se evidenciaban en edificios y mobiliarios descuidados y en mal estado, con una deficiente dotación de recursos didácticos para la enseñanza que desarrollan las y los docentes.

Y fuera de los muros de la escuela, la crisis de empobrecimiento que enfrenta la familia hondureña empezaba a evidenciarse en las deserciones. Y es que el crecimiento del empobrecimiento y la falta de oportunidades para tener acceso siquiera a los mínimos de alimentación, vivienda y salud, provocaron el fenómeno de las caravanas de migrantes, donde familias enteras tomaron la triste decisión de abandonar el país ante la desidia de nuestros gobernantes para suplir estas necesidades.

Y, por si fuera poco, nuestra escuela hondureña, además, se fue quedando rezagada en el uso de la virtualidad y la tecnología para la promoción de aprendizajes. Mientras los diferentes estamentos de la comunidad educativa, con todo y las dificultades económicas, accedieron a dispositivos tecnológicos móviles (celular, computadoras, tabletas) esencialmente como medio de comunicación, la escuela prohibía su uso, pues entendió estos dispositivos como un recurso meramente de comunicación que distrae y obvió la posibilidad de convertirlo en un recurso para la enseñanza.

Este aspecto supone el gran desafío para nuestros educadores y educadoras en torno a desarrollar competencias para hacer uso de estos dispositivos y las plataformas virtuales, no solo para comunicación, sino también para el desarrollo de aprendizajes. Pero aquí nos encontramos, desde ya, con dos realidades:

1. Muchos docentes son migrantes tecnológicos y manifiestan dificultades en el uso de estos dispositivos.
2. Las y los docentes jóvenes que sí están familiarizados con el uso de estos dispositivos, carecen de conocimientos para el uso didáctico del dispositivo como recurso para la promoción de aprendizajes.

De manera que el panorama en educación ya pintaba muchos desafíos previos a la llegada de la pandemia, que se reflejaban en los bajos niveles de aprendizaje en ejes básicos como la lecto-escritura y la lógica matemática. Estudios nos indicaban el desafío de nivelar aprendizajes, ya que estos mostraban un retraso de al menos 3 años en el aprendizaje para el primer, segundo y tercer ciclo de educación básica.

Por si fuera poco, a inicios de febrero de 2020, unos días antes de la llegada a la pandemia al país, anunciaba el Observatorio de Calidad Educativa de la Universidad Pedagógica Nacional que cerca de 900 mil personas en edad escolar se quedaron fuera del sistema educativo. De manera que, se presagiaba, enormes desafíos educativos en cuanto a pertinencia, calidad y cobertura.

Efectos de la pandemia en la educación hondureña

En marzo 2020 se anunciaba en el país el primer caso de COVID 19, en la ciudad de Tegucigalpa, capital hondureña. Con esto, se emitía el primer decreto que ordenó la cuarentena en todo el país, con el consiguiente cierre de todos los centros educativos del país, paralizando por completo la labor educativa.

Pasó un par de meses para empezar a reaccionar por parte de las y los docentes, sobre todo, con preocupación ante lo que suponía para muchos niñas y niños matriculados quedarse sin el pan de saber diario. Y desde aquí, generado por éstas y éstos acciones que aportaran a la educación de la niñez y la juventud hondureña en la realidad que ahora tocaba experimentar: la educación pasaba de la escuela a la casa; del salón de clase a la sala de la casa.

El uso de dispositivos como celular, computadora y tableta fueron las opciones, a través de plataformas virtuales como WhatsApp, Facebook o Google. A esto se sumó el uso de guías didácticas impresas que cada docente repartió con sus estudiantes, ya sea de casa en casa o acordando una hora concreta en la que mamá o papá llegaba a la escuela por ella.

Esta nueva realidad confirmó las dificultades del docente para usar la herramienta tecnológica y las plataformas como recurso didáctico. Evidenció la carencia en el uso de estos dispositivos para la enseñanza, sobre todo en docentes migrantes tecnológicos. El desarrollo de la clase en este entorno fue un aprender haciendo, con muchas dificultades, pero que dejaba en claro de entrada, eso sí, la enorme vocación para la enseñanza de la inmensa mayoría de las y los profesionales de esta área. Por esfuerzo de los y las docentes, la experiencia sería un éxito.

Por otra parte, la pandemia acrecentó las heridas emocionales de todos los actores implicados en el hecho educativo. La familia angustiada porque quién mantenía el hogar se quedó sin empleo, las y los estudiantes agobiados porque de la noche a la mañana se les cercenó la libertad cotidiana de asistir a la escuela y con ello el compartir; y las y los docentes cargando con el estrés permanente de la casa, sin cambio de lugar de trabajo y enfrentándose a diario con la dificultad para poder enseñar en lo que se llamó la nueva normalidad.

Esto supuso para la Fe y Alegría Honduras pensar un proceso educativo con dos grandes ámbitos:

- La atención a la persona, desde la gestión y manejo de sus emociones, así como en la promoción de espacios convivenciales, ahora desde lo virtual.
- El desarrollo de espacios de formación docente para facilitar herramientas en el uso de la tecnología para la enseñanza, aplicando talleres orientadas a metodologías específicas en espacio virtual, pero también al uso concreto de plataformas virtuales en la enseñanza como el Facebook, WhatsApp y Google.

Para el mes de junio del año 2020, el observatorio de la Universidad Pedagógica Nacional anunciaba las dificultades que enfrentaba la educación desde la virtualidad. Y avisaba que muchas familias hondureñas, según su estudio, no podían pagar internet en casa, con lo cual, según sus datos, el 50% de las y los estudiantes inscritos en el año se estaban quedando fuera del sistema educativo. Al cierre del año lectivo, esta misma institución anunciaba que el año dejaba una enorme crisis en educación, y acrecentaba lo que ya se experimentaba previo a la pandemia, con más de millón y medio de estudiantes que abandonaron sus estudios como consecuencia de no contar con los recursos necesarios para una educación en línea.

A finales del 2020 e inicios del 2021 se empezó a plantear posibilidades de un modelo de educación híbrida, con cierto nivel de presencialidad (una vez a la semana), algo a distancia (guías de trabajo), pero también con espacios aprovechando el uso de la virtualidad (tutorías por Zoom/Meet, WhatsApp). Hacia este nuevo escenario avanzó la

escuela en Honduras, pero muchas familias decidieron no matricular, debido a dos cosas fundamentalmente:

- No contar con los recursos adecuados para educación en línea.
- Considerar que sus hijos e hijas no aprenden lo necesario y de la misma manera que yendo a clases presenciales.

De manera que la pandemia evidenció y agudizó las carencias de un sistema educativo ya debilitado, con poco apoyo estatal para avanzar a mejores escenarios de calidad en el servicio que se oferta a la enorme cantidad de población en edad escolar de nuestro país: las educadoras y los educadores hicieron lo que estaba a su alcance, pero necesitan de mayor apoyo. La COVID 19 solo desnudó el virus de la desigualdad e injusticia social que carcomió, y lo sigue haciendo, la dignidad de las hondureñas y hondureños.

Lecciones aprendidas durante la pandemia en la formación de educadores y educadoras

En este contexto, y a partir de las diferentes acciones que hemos desarrollado, me parece muy importante mencionar que, en el contexto actual, las educadoras y los educadores necesitan ser formados de manera constante y permanente en procesos continuos y contextualizados, que les permita actualizar sus conocimientos y habilidades para la enseñanza en contextos que son cambiantes y complejos. No es lo mismo enseñar en los años 90, como en los 2000, y así sucesivamente... educar en la actualidad demanda una actualización constante y permanente del sujeto que media en el proceso, a fin de que tenga las herramientas necesarias para, efectivamente, propiciar una enseñanza que libere y transforme.

De igual forma, para estar en sintonía con las demandas del contexto actual, requieren el desarrollo de conocimiento y habilidades para:

- Describir, analizar y comprender el contexto en el que desarrolla su labor educadora.
- Describir, analizar y comprender el perfil de las y los estudiantes que recibirá en su salón de clases.
- Desarrollar primeros auxilios psicológicos a niñas, niños y jóvenes que, siendo víctimas de su entorno, evidencian comportamientos agresivos y/o depresivos.
- Implementar de manera integral, procesos de nivelación de aprendizajes en las y los estudiantes, a sabiendas que a la mayoría les recibe con un importante rezago en su aprendizaje, especialmente en el desarrollo de las competencias lecto-escritoras y de pensamiento lógico-matemático.

Supone además que, una vez desarrolladas los conocimientos y habilidades en educadores y educadoras, es necesario que los procesos educativos orientados a la transformación sean asumidos institucionalmente por la escuela en su PEI y a la vez concretados en sus POA's. De nada sirven procesos de formación docente si estos no concretan en transformación a la hora de abordar el hecho educativo, pero esto a su vez requiere exista un respaldo institucional escolar que favorezca estos procesos de transformación.

Hemos de aceptar que la pandemia confirmó las falencias que tiene nuestro sistema educativo en relación al uso como recurso pedagógico de los dispositivos tecnológicos (computadora, celular y tableta) y de las plataformas virtuales (Zoom, Meet, Google, etc.). No en vano, allá por el año 2003, en Fe y Alegría se hablaba ya de informática educativa, como un proceso que utilizaba la tecnología como recurso para la promoción de aprendizajes; que evidenció, desde aquel entonces, las necesidades de formación docente en esta rama.

Desde entonces, la tecnología se ha quedado allí, a veces siendo el objeto de estudio, pero cada vez más desafiándonos como educadores y educadoras a aprender su uso como un recurso necesario en la enseñanza. El celular, la computadora y la tableta ya están entre nosotros, nuestra niñez y juventud nacieron prácticamente con estos; negarnos a la posibilidad de utilizarlos como recurso pedagógico es negarnos a la posibilidad de ofrecer procesos educativos atractivos a la generación actual, y a la vez a desarrollar competencias para un mejor uso de estos recursos por parte del estudiantado.

Además, la pandemia evidenció un detalle fundamental en el hecho educativo: nuestros estudiantes, en su mayoría, son víctimas de un modelo social que no les acoge apropiadamente, viviendo en familias fragmentadas, de poca ternura y comunicación, con lo cual cargan con un pesado daño afectivo y emocional al llegar al encuentro para la construcción del saber. Esto nos demanda, si acaso vale el término, humanizar un poco más la educación, estableciendo en la escuela acciones que acompañen la parte psicoemocional del estudiante; en algún momento, en Fe y Alegría vimos y seguimos viendo necesaria la presencia de un profesional de la psicología en la escuela.

Vimos en esta época de pandemia lo importante que es sentirnos acompañados, la grandeza del contacto personal que solo posibilita el ir a un encuentro que, no solo es solo llegar al mismo lugar ambos, sino permitirnos la posibilidad de abrir nuestro corazón, nuestros sentimientos para acompañar de manera afectiva el proceso de aprendizaje. Hemos de recordar, como educadoras y educadores, que es casi imposible que haya aprendizaje cuando hay un corazón roto. Y en esto, fortalecer el vínculo con la familia también es importante, a fin de generar un ambiente que sea adecuado para el estudiante en su afán de aprender para la vida en dignidad.

En definitiva, el principal desafío que evidenció la pandemia se centra en tres aspectos importantes, que desde mi punto de vista confirman la enorme misión de Fe y Alegría en nuestro país:

1. El primer aspecto está relacionado en el ir al encuentro con la persona y acompañarle en su proceso como tal, reconociéndole como un ser golpeado emocional y afectivamente por las dinámicas propias de un modelo económico, social y cultural que le empobrece y le excluye.
2. El segundo aspecto tiene que ver con esta persona en su proceso educativo como tal, lo que nos demanda hacer esfuerzos de contextualización de la enseñanza a fin de acercarnos cada más a la posibilidad de ser respuesta ante las realidades actuales, aclarándonos quizá el tipo de sociedad que queremos y desde allí el tipo de ciudadanos que vamos a educar.
3. El tercer aspecto tendrá que ver específicamente con esta persona y su relación con el entorno social-comunitario, en el cómo se integra a éste como un sujeto formado, sensible, consciente y dispuesto a organizarse y movilizarse en la búsqueda del bien común.

En definitiva, los dos años de pandemia (2020-2021) los hemos sorteado, y algunas y algunas, gracias a Dios, podemos seguir contando lo que hemos vivido. Pero ya este año, que hemos retornado a clases presenciales, estamos definitivamente desafiados a repensar lo que hacemos en educación, a replantearnos nuestra labor educadora en sintonía con un contexto que ahora nos pone otros límites, otros desafíos que, como educadores y educadoras populares, estamos llamados a tenerlos presentes en nuestra grande y bonita misión de educar para transformar.